

REFLEXIONES EN TORNO A LA PUBLICACIÓN

LAS VIÑAS DE LIMA **INICIOS DE LA VITICULTURA SUDAMERICANA** **1539 - 1551**

Sandra Negro

	FICHA TÉCNICA	
	Título	Las viñas de Lima. Inicio de la vitivinicultura sudamericana
	Autor	Guillermo Toro-Lira
	Editorial	autor
	Año	2024
	Páginas	195
	Edición	Tercera (aumentada)
	País/Ciudad	Estados Unidos de América/Columbia
	ISBN	979-832-8134-99-6
	Depósito Legal	Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-13571
	Encuadernación	Tapa dura
	Dimensiones	16 x .23 ⁵

La importancia de esta publicación es múltiple, tratándose además de la tercera edición, aumentada con la adición de nuevas fuentes documentales cuya trascendencia se demuestra por sí sola. El autor, se ha dedicado pacientemente a lo largo de siete años a la compulsa de fondos documentales del siglo XVI, de esa primera etapa un tanto elusiva y que abarca desde la llegada de los europeos hasta mediados de siglo.

La presente edición cuenta con un texto liminar de Gonzalo Gutiérrez, diplomático y actual secretario general de la Comunidad Andina, quien además es un acucioso investigador de la historia del pisco. También cuenta con un prólogo elaborado por el historiador Lorenzo Huertas, siendo este último, el mismo de la primera edición de 2018.

El libro recoge información documental inédita que expone y documenta el cultivo de las primeras vides en la recién fundada ciudad de Lima, entre principios de 1539 y mediados de 1541. Diversos cronistas coinciden en señalar que, en el segundo viaje de Cristóbal Colón en 1493, se trajeron vides a América central, hecho corroborado en 1526 por el cronista Fernández de Oviedo, quien afirmaba haber degustado en la isla de Santo Domingo, excelentes uvas provenientes de vides traídas desde España (p.32).

El autor afirma que tenía mucho más sentido traer al Perú vides desde la actual Guatemala, por ser un viaje más corto y a través del océano Pacífico.

En la sección dedicada a MERCADERES Y TABERNEROS (p.33), establece que en la conquista del entonces poderoso imperio Inca, la chicha que era un bien preponderante en las ofrendas ceremoniales y en el intercambio comercial, fue parcialmente complementada con el vino.

Este provenía de la Península Ibérica y tenía un costo exorbitante y a la vez especulativo. A pesar de ello, los habitantes originarios se sintieron profundamente atraídos hacia esta nueva bebida espirituosa, que se convirtió además en un bien de prestigio entre los curacas locales.

Este negocio fue por entonces muy lucrativo y el desorden en los precios elevados se mantuvo hasta finales de la década de 1540, como se documenta en diversas disposiciones existentes en los Libros del Cabildo de Lima. El orden se impuso paulatinamente cuando se empezó a producir vino en Lima en cantidades importantes (p.37).

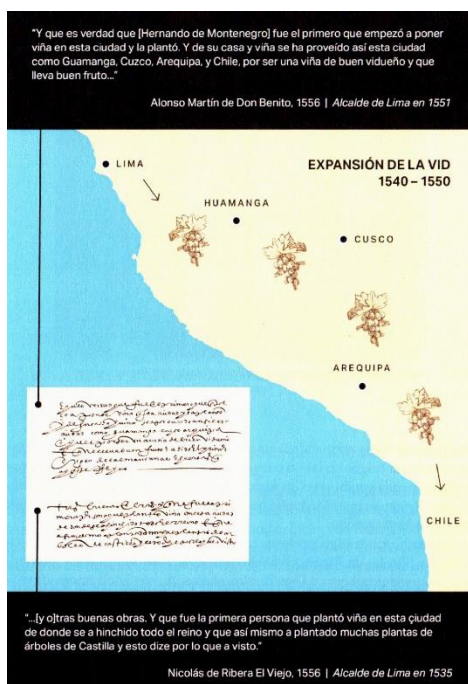
Uno de los aportes destacados del texto es que documenta exhaustivamente los primeros propietarios de viñedos en la ciudad, entre los que señala a Hernando de Montenegro. Fue la primera persona que plantó viñas en Lima, habiendo sido uno de sus primeros residentes, el

cual además estuvo presente en la fundación de la ciudad por Francisco Pizarro en 1535. De la sección Patronato del Archivo General de Indias en un documento de 1586 se confirma no solamente que fue el primero que plantó las vides en Lima, sino que, a partir de éstas, su cultivo se difundió a Huamanga, Cusco, Arequipa y Chile (p.41).

Un aspecto muy importante y destacable es que, en el cuidadoso análisis de las fuentes documentales, Guillermo Toro-Lira logra ubicar dónde se localizaron en el siglo XVI los principales viñedos de Lima, comenzando por el de Montenegro, a quien señala que Pizarro le adjudicó un solar localizado en la actual cuadra 5 de jirón Huallaga, por lo que entonces el camino que salía de la Plaza Mayor se llamó “calle de Montenegro” (Bromley J. 2005).

Años más tarde Montenegro expandiría su viñedo en una propiedad en la margen derecha del río Rimac (p.42).

Es significativo el hecho que el cronista Garcilaso de la Vega, afirmara que hacia 1553 otro peninsular llamado Francisco de Caravantes, hizo traer al Perú



Ruta de la vid de Hernando de Montenegro según Alonso Martínez de Don Benito y Nicolás de Ribera el Viejo, alcaldes de Lima en 1551 y 1535. Guillermo Toro-Lira Stahl, 2018 (2024: 43).

algunas plantas provenientes de España. Con la intención que resultasen más frescas por la gran distancia que debían recorrer, éstas fueron embarcadas en las Islas Canarias, tratándose de cepas de uvas negras o prietas (1985: 408). Lo cierto es que Toro-Lira no ha logrado corroborar documentalmente esta afirmación de Garcilaso, aunque si bien es posible que trajera dichas cepas, definitivamente no fue el primer viticultor de Lima.

Un segundo aspecto de gran significación ha sido poder determinar cuál fue la variedad de uva primigenia que se trajo al Perú. El Inca Garcilaso hacía referencia a una uva negra rojiza denominada “negra corriente” que producía un vino haloque “no del todo tinto” (ibid.).

En las compulsas documentales en torno a la viña de Montenegro quien posiblemente llegó a tener viñedos con hasta cincuenta mil parras, figura la afirmación que se trataba de una cepa denominada “vidueño” o “viduño”. El autor hace referencia a un artículo publicado en el 2007 por la *American Society for Enology and Viticulture* la cual concluye, luego de un exhaustivo

estudio genético, que, de las 79 variedades de uvas americanas, 52 de ellas eran genéticamente idénticas a la variedad “listán prieto”. Debido a este cuidadoso estudio genético, el autor concluye que muy posiblemente la variedad “vidueño” correspondería al listán prieto y que estas con el tiempo y los distintos terruños (*terroirs*), evolucionaron hacia otras variedades locales como la negra criolla, misión, país y otras (p.45).

La generosidad de Hernando de Montenegro de entregar plantas de vid a otros vecinos de la naciente urbe causó que los viñedos en Lima se extendieran considerablemente. Entre estos el autor documenta a Juan Ramiro y su esposa María Martel que hicieron su viña hacia 1544. Si bien Ramiro falleció antes que el viñedo fuera productivo, María lo cuidó hasta que rindió sus frutos, vendiéndolo años más tarde a Antón Ruiz de Guevara, formándose así el “primer contrato de la venta de una viña en Sudamérica” (p.49). El autor presenta el contrato de venta en su versión facsimilar, con la transcripción del mismo lado a lado, lo que resulta una demostración irrefutable.



Lima: casa de Jerónimo de Aliaga, patio rodeado por una galería sustentada en columnas de madera. La vivienda ha tenido varias refacciones y modificaciones desde el siglo XVI al presente. Imagen: propia, 2019.

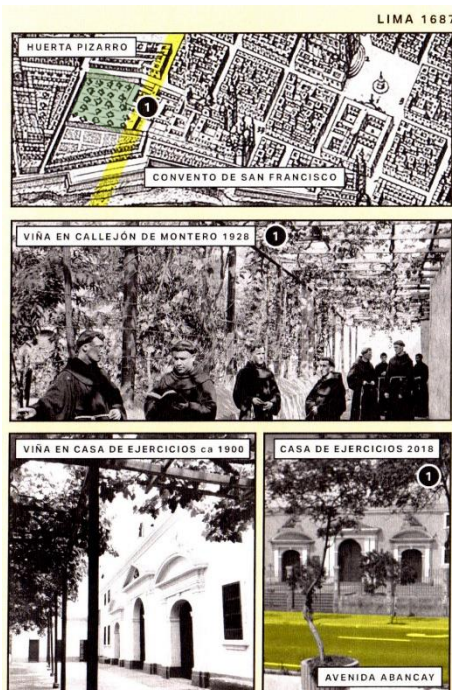
Otro personaje importante en la evolución social de Lima fue la documentación relativa a la viña de don Jerónimo de Aliaga, cuya vivienda fue erigida en el mismo solar que aún ocupa al presente en el jirón de la Unión 224, si bien con las modificaciones y puestas en valor requeridas por las afectaciones de los sismos y el deterioro causado por su prolongado uso.

En el texto se logra documentar que su viñedo, con más de diez mil parras, se ubicaba casi al final de la actual avenida Alfonso Ugarte, poco antes de la ribera

del río Rímac. Señala que “Una de las acequias más importantes de Lima cruzaba por en medio de su chacra, estancia y vina” (p.55). Además de evidenciar la viña, se menciona que en una esquina del cerco perimetral fue erigida una torre de vigilancia, la misma que hasta el siglo XIX dio nombre a la calle como *Torreçilla*, correspondiendo a la actual cuadra siete del jirón Huancavelica.

Tomando en consideración que varios de los primeros cabezas de familia que acompañaron a Francisco Pizarro tuviesen una viña, es ostensible que este también se beneficiara de la generosidad de Montenegro. El conquistador plantó su viña entre 1539 y 1541, año de su muerte. Su hija Francisca decide vender “[...] el estanque, huerta y viña de su padre con sus casas y tierras asociadas” (p.61). Tres años más tarde el nuevo dueño vende la propiedad a los conventuales de San Francisco, la misma que fue descrita en ruinas por el cronista Bernabé Cobo a mediados del siglo siguiente. Son muy sugerentes las imágenes presentadas por el autor, en las cuales ha logrado ubicar la viña y huerta de Pizarro en el plano escenográfico de Fray Pedro Nolasco de 1687, así como presentar la imagen del callejón de Montero en el convento del Señor San Francisco, donde se observan diversos religiosos de pie debajo de un viñedo. Este quedó extinguido con las obras del trazado de la avenida Abancay a mediados del siglo pasado que, además de destruir este sector, dividieron el convento en dos partes.

En la presente edición se ha añadido lo referente a las viñas de Sebastián Sánchez de Merlo, reconocido hombre de negocios que llegó a Lima en 1542. Lo significativo del análisis realizado en el presente texto reside en que el autor ha logrado documentar los avatares de estos primeros vecinos de la ciudad, así como las compras, ventas o cesiones de tierras dedicadas a los viñedos.



Localidad del estanque, huerta y viña de Francisco Pizarro en el convento de San Francisco (verde) y después de la apertura de la avenida Abancay (amarillo). Plano de la ciudad de Lima, P.F. Pedro Nolasco, 1687, AGI, MP-PERU_CHILE 13. Postal H251, Hispanic Society of America, 1928. Archivo Fotográfico. Municipalidad de Lima c. 1900, Google Maps, 2018 (p.63)

Expone que entre 1539 y 1540, Antonio Picado y su mujer Ana Suárez, comenzaron a labrar unas tierras sobre un terreno abandonado que Pizarro había entregado a los franciscanos. A la muerte de Picado, la propiedad fue vendida a Pedro López de Cazalla y al poco tiempo Sebastián Sánchez de Merlo la adquirió, al mismo tiempo que contrajo nupcias con la viuda de Picado, doña Ana Suárez (p.66).

Un conflicto con los franciscanos lo obligó a dejar estas tierras y buscar otras que debieron estar situadas en el sector actual de Barrios Altos. La documentación que adjunta es escrupulosa, permitiendo vislumbrar la situación de las tierras rurales cedidas a los franciscanos, las cuales una vez labradas por Sánchez de Merlo debieron ser devueltas a los religiosos franciscanos con todas las vides, bajo pena de excomunión.

Un aporte novedoso y que siempre ha generado diversas hipótesis ha sido la proveniencia de las vides y cómo se generó su implantación en el Perú, es decir si fue con estacas o semillas. El texto de Toro-Lira informa que Sánchez de Merlo las hizo transportar desde

España como plantas completas introducidas dentro de barriles (p. 70). Esto nos brinda una aproximación totalmente distinta y de notable sofisticación y técnica, ya que embarcadas en el puerto del Guadalquivir en Sevilla debieron llegar al puerto de Nombre de Dios en el istmo de Panamá, desembarcarlas y realizar un largo trecho a pie o a lomo de bestia por el Camino Real a través de la selva, para volverlas a embarcar en el puerto de Panamá en el océano Pacífico, para finalmente llegar al puerto del Callao en Lima.

En la documentación compulsada es sugerente el hecho que en 1554 Sánchez de Merlo solicitó el permiso real para llevar desde España a Lima un experto viticultor para realizar injertos de vides castellanas, ya que aquellas provenientes de Nueva España no eran adecuadas para producir vino (p.67). Esta noticia es excepcional, ya que generalmente se ha asumido que la viticultura fue un proceso de aclimatación realizado de manera empírica, sin la presencia de especialistas foráneos para el mejoramiento de las cepas de vid, en particular en fechas tan tempranas.

Expone por último la presencia de algunos viticultores con documentación de archivo más limitada, como fueron Diego de Agüero que tuvo viñedos cerca a “los tambos de Lima” (p.73), Nioclás de Ribera el Mozo que tuvo viñas en la zona de Maranga o Inés Huaylas, propietaria de unas tierras de viña próximas a la parroquia de Santa Ana.

El texto dedica una sección al PRIMER VINO DE LIMA (p.76) documentando que este se elaboró en 1551, ya que coincidentemente el Cabildo de Lima otorgó ese mismo año la licencia para la venta del vino al por menor a catorce tabernas.

En la sección EL CERRO RICO DE POTOSÍ, evidencia que fue el primer gran mercado del vino nativo, creándose la ruta comercial Lima-Potosí. Es probada su afirmación que este suministro tuvo una breve duración, ya que fue reemplazado por el producido en los valles de Arequipa, más próximos a Potosí, lo que significaba evidentemente un menor costo en el transporte y, por lo tanto, en el precio final del producto. Esta ruta tampoco se logró consolidar en el tiempo, debido al descubrimiento de las minas de azogue en Huancavelica, mineral fundamental en el proceso de la amalgama de la plata potosina. Ello generó la ruta comercial Huancavelica-Pisco-Arica-Potosí, impulsando la vitivinicultura de los valles costeros de Ica, Pisco y Nasca en desmedro de la producción limeña, que quedó excluida de este importante circuito económico.

Finaliza el texto con la sección SINERGIA VITIVINICULTORA INDÍGENA-ESPAÑOLA, en la que reflexiona en torno a la intensa contribución de los habitantes originarios mediante su mano de obra. También destaca la buena relación de algunos vitivinicultores con sus hijos mestizos, como fue el caso de los seis que tuvo Hernando de Montenegro, quien logró que la corona española reconociera antes las leyes españolas los derechos de sus hijos. Un aspecto interesante que queda pendiente en esta importante contribución es la de explorar y documentar si los curacas e indios comunes tuvieron tierras de viña en el siglo XVI, tal y como fue frecuente el Ica y Nasca a lo largo del siglo XVIII.

El autor complementa el texto con una sección de LIBERTADES ARTÍSTICAS, que representa ilustraciones recreadas al presente, a partir de descripciones y textos documentales. Cada una de las seis ilustraciones está acompañada de un texto explicativo y las pertinentes referencias. Los temas son 1) viña de Montenegro; 2) Viña de Pizarro; 3) viña de Martel; 4) viña de Aliaga; 5) taberna limeña y 6) las vides de Sánchez de Merlo.

La publicación finaliza con la sección ANEXOS Y TRANSCRIPCIONES presentando una breve biografía de Hernando de Montenegro, los inicios de la vitivinicultura peruana según los cronistas (Garcilaso de la Vega, Bernabé Cobo y Pedro Cieza de León), así como la transcripción de diversos documentos del siglo XVI relativos a la investigación realizada.

Es un aporte muy significativo y rico en contenido, que explora la temporalidad temprana de los sembríos de vid en Lima, con referencias que no han sido estudiadas y documentadas con anterioridad. Como suele suceder, la luz sobre las historias del pasado no se logra toda de una vez y requiere de tesón, paciencia, dedicación y atención a la información contenida en las fuentes documentales, todo ello para ir construyendo lo que fueron los orígenes de la vitivinicultura en el Perú virreinal y cómo Lima fue el inicio de la elaboración del vino en Sudamérica, que pocas décadas más tarde, este mismo mosto sería transformado en aguardiente de uva o pisco. El autor está finalizando una cuarta edición aumentada de este libro, la cual todos los interesados en este tema primordial de nuestra historia esperamos con avidez.